José de la Riva Agüero y Miguel Grau

José de la Riva Agüero and Miguel Grau

Discurso leído por el historiador Emilio Candela Jiménez en ceremonia realizada en el Museo Naval Casa Grau el 25 de octubre del 2022.

El domingo 29 de julio de 1934 en la Casa Paz Soldán de la calle Belén, en aquel momento sede de la sociedad *Entre Nous*, José de la Riva-Agüero y Osma iniciaba un vibrante discurso con las siguientes palabras:

> La semana que hoy termina, consagrada a glorificar el centenario de Grau, constituye la suprema ceremonia patriótica, que aventaja y excede con mucho en solemnidad a la anual recordación de la Independencia; porque, más que el nacer meramente a la vida autónoma, en alba indecisa, y por manera vacilante y casi indeliberada, importó, para el robustecimiento de la conciencia nacional, el definitivo y meridiano bautismo de sangre, de múltiples batallas y acerbos dolores, personificado y culminante en el sacrificio del héroe que celebramos[1].

De esa manera, el célebre historiador de la generación del novecientos empezó su disertación sobre el héroe de Angamos, cerrando una semana de diversas actividades protocolares, académicas y artísticas, que luego detallaremos, dedicada a conmemorar el centenario de su natalicio.

Para entender el significado de aquella conmemoración y el discurso señalado, debemos hacer mención a la trayectoria académica y política de José de la Riva-Agüero.

1. José de la Riva-Agüero y Osma. Obras Completas Tomo VII. Estudios de Historia peruana. La Emancipación y la República. Lima: PUCP. Instituto Riva-Agüero, 1971, pp. 347.

El Marques de Montealegre de Aulestia había nacido un 26 de febrero de 1885, muy cerca del Museo Casa Grau de Lima, en la solariega casona de la calle Lártiga. Su infancia transcurrió en un ambiente marcado por la reconstrucción nacional, tras la debacle originada por la Guerra del Pacífico. En aquellos difíciles años, Riva-Agüero pudo ser testigo de la repatriación de los restos de Grau y otros insignes héroes que sucumbieron en la guerra, lo que se produjo en julio de 1890. Luis Alayza Paz Soldán, otro reconocido intelectual contemporáneo suyo, recuerda en sus memorias este significativo y emotivo momento para la ciudad y el país, describiéndolo de la siguiente manera:

> A los ocho años del desastre de Huamachuco, los chilenos devolvieron al Perú los restos mortales de los peruanos caídos en el campo del honor (…) El cortejo desfiló por la calle de Belén hasta la iglesia de la Merced, donde se celebraron los oficios. Las fachadas de las calles del recorrido estaban cubiertas con cortinajes negros con orillos y lágrimas de papel plateado (…) Jamás he podido olvidar la composición del cuadro que, de ser pintor, podría reproducir hoy con fidelidad absoluta. Grabóseme con caracteres indelebles (…) Primero la carroza del contralmirante Grau, con un pequeñísimo féretro, como de párvulo, que encerraba el único fragmento de los restos del gigante de Angamos. Las bandas militares tocaban marchas fúnebres. La emoción de la multitud era infinita[2].

Es indudable que tales escenas debieron quedar en la mente y recuerdo de Riva-Agüero, las que influyeron en sus posteriores juicios históricos en torno al desastre del 79 y sobre la figura histórica de Grau. En ese sentido, la generación intelectual a la que perteneció, la del novecientos, estuvo marcada por ese contexto de profunda reflexión por las causas de la derrota y en la formulación de un nuevo proyecto como país que permitiera superar los terribles errores del pasado. Desde los estudios históricos, el Derecho, el análisis sociológico y filosófico, o desde la tribuna universitaria y parlamentaria, figuras como Francisco García Calderón, Víctor Andrés Belaunde y el propio Riva-Agüero se embarcaron en la tarea de encontrar la esencia de la nación peruana analizando el legado de políticos, militares, intelectuales y el impacto de diversas coyunturas de nuestra etapa virreinal y republicana.

---

2. Luis Alayza Paz Soldán. Mi país. Memorias de Alayza (Primera parte) y Miscelánea peruana. Lima: Librería e Imprenta Gil, 1960, p. 11.

Para Riva-Agüero, la elite dirigente del país debía ser una "aristocracia de la inteligencia" la que debía llevar a cabo una regeneración del país. Para cumplir este objetivo, era necesario conocer el pasado, ya que allí podrían encontrarse los factores políticos, sociales, culturales y psicológicos que influyeron en el devenir histórico del país. Ejemplos de esa visión los tenemos en los novedosos y reconocidos trabajos de su juventud: Carácter de la literatura del Perú independiente (1905), La Historia en el Perú (1910) y el bellísimo libro "Paisajes Peruanos", fruto de su recordado viaje por nuestra serranía en 1912, y que más allá de ser un relato de excelsas pinceladas de castellano castizo, es una profunda y erudita reflexión sobre el destino histórico del país.

Recordemos que, a lo largo de esas páginas, Riva-Agüero recorre diversos pueblos en los que va identificando sucesos y personajes de trascendencia histórica, destacando sobremanera su excursión en la Pampa de la Quina y los campos de Ayacucho, lugares que le brindan la inspiración necesaria para exponer su visión sobre el devenir histórico del país desde la independencia. Desliza a lo largo de esas líneas una crítica furibunda de la clase dirigente del país, a la que no duda en llamar "pobre aristocracia boba", y a la que considera responsable de las tragedias acontecidas en el siglo XIX. Al referirse a la Guerra del Pacífico dice lo siguiente:

> Fue creciendo una nueva clase directora, que correspondió y pretendió reproducir a la gran burguesía europea. ¡Cuán endeble y relajado se mostró el sentimiento patriótico en la mayoría de estos burgueses criollos! (…) Con semejantes clases superiores, nos halló la guerra de Chile; y en la confusión de la derrota, acabó el festín de Baltasar. Después, el negro silencio, la convalecencia pálida, el anodinismo escéptico, las ínfimas rencillas, el marasmo, la triste procesión de las larvas grises[3].

Como consecuencia de ese espíritu crítico, condicionado por ser testigos directos de la reconstrucción moral y material del país, los miembros de la generación del novecientos propusieron un conjunto de cambios y reformas que evitarían volver a un desastre como el de 1879. Quisieron presentar una propuesta constructiva para el país, lo que los llevó directamente al ámbito de la política.

3. José de la Riva-Agüero y Osma. Paisajes Peruanos. Lima: PUCP. Instituto Riva-Agüero, 1995, p. 147

En el caso de Riva-Agüero, su ingreso a este espacio se produjo a partir de un artículo que publicó en el diario *El Comercio* en setiembre de 1911 titulado "La amnistía y el gobierno". Allí se pronunció a favor de la amnistía para los involucrados en la asonada pierolista del 29 de mayo de 1909 contra el gobierno de Leguía. Como consecuencia de ello, el Ministerio de Gobierno ordenó su detención unos días después, lo que generó la masiva protesta de los estudiantes universitarios. Consecuencia de esa presión fue liberado, organizándose una ceremonia de desagravio en la que pronunció un encendido discurso que confirmaba su ingreso a la escena política.

Una idea fundamental en el pensamiento político de Riva-Agüero a lo largo de su vida fue el rechazo a los caudillismos y personalismos, y la apuesta por las instituciones y organizaciones con ideas claras y definidas. Esto nos permite entender la aparición en 1915 del Partido Nacional Democrático. Fue ese partido un claro opositor al viejo civilismo, al mismo tiempo que bebió de las antiguas consignas del Partido Demócrata de Piérola. El espíritu académico y teórico de sus principios, además de su conformación mayoritariamente juvenil, hizo que Luis Fernán Cisneros, periodista y director de "La Prensa" los bautizara con el apodo de "futuristas".

En la fundación del PND lo acompañaron miembros de su generación como José María de la Jara, José Gálvez, Óscar Miró Quesada, entre otros. Raúl Porras Barrenechea los definió como un "Estado Mayor de la inteligencia sin ejército", ya que este movimiento reunió a las mentes más ilustres del país, aunque no disfrutó del calor popular. Su declaración de principios enfatizó los elementos jurídicos, ya que el principal problema político del país en aquel momento era la vuelta a la constitucionalidad. Sus propuestas en los temas económicos y sociales fueron genéricas, probablemente porque no quisieron caer en posturas demagógicas. A pesar de ello, al referirse a la Marina, dejaron en claro su relevancia con las siguientes palabras:

> Debe velarse con todo cariño por nuestra gloriosa Marina de Guerra, cuidar celosamente de que no decaiga, mejorar hasta donde fuere posible su organización técnica, y cuando el tiempo lo consienta sin grave quebranto económico, aumentar sus unidades; pero esto con gran cautela, para evitar

> el triste caso de no poder utilizar ni conservar las nuevas adquisiciones, y teniendo más presentes que hasta ahora se han tenido las especiales condiciones de nuestra defensa naval y la naturaleza y circunstancias de nuestros posibles adversarios[4].

El PND pudo haber significado un cambio generacional en la política peruana. En todo caso, este movimiento duró apenas cuatro años, pues, tras el golpe de Leguía en 1919, Riva-Agüero se alejó del país por once años retornando cuando el régimen de la "Patria Nueva" ya había sido derrocado. El *Oncenio* liquidó a los partidos tradicionales como el civilismo, y también al futurismo de los arielistas de inicios del siglo XX. Durante su autoexilio, el autor de Paisajes Peruanos vivió entre España e Italia, siendo testigo del final del optimismo de la *belle epoque*, así como del ascenso de las ideologías totalitarias como el fascismo, nazismo y comunismo y así comola aparición de movimientos vanguardistas culturales. Toda esta aceleración de la Historia impactó en la visión y pensamiento de hombres como Riva-Agüero, el cual, al retornar al Perú en 1930, encontró un país distinto, más convulso y caótico. Como bien afirmó Luis Alberto Sánchez, "los futuristas habían pasado a ser, sin transición, hombres del pasado".

Fue a partir de 1930 que empezó la segunda etapa de la vida pública de Riva-Agüero en nuestro país, mostrando un carácter más conservador y hasta reaccionario, según su propia definición. A lo largo de estos años, los de su madurez intelectual y académica, mostró una visión polarizada e ideologizada de la vida política, al mismo tiempo que anunciaba en un recordado discurso de exalumnos recoletanos en 1932 su regreso al catolicismo, del que se convertirá desde aquel momento en su más firme y decidido defensor, adecuando todos sus actos a los principios de su renovada fe.

En medio de la violenta coyuntura política de los años treinta, ocupó diversos cargos públicos. La Junta de Gobierno presidida por David Samanez Ocampo lo designó alcalde de Lima en mayo de 1931. Lo acompañaron en el Concejo Municipal Luis Alayza Paz Soldán, Cristóbal de Losada y Puga, Fernando Gamio Palacio, Alberto Ulloa, entre otros.

4. José de la Riva-Agüero y Osma. Obras completas Tomo XI. Escritos políticos. Lima: PUCP. Instituto Riva-Agüero, 1975, p. 43.

Fue una gestión marcada por la delicada situación económica, ejerciendo sus funciones en el Palacio de Exposición, ya que el Palacio Municipal se encontraba en reconstrucción debido a un incendio acaecido tiempo atrás. El exiguo presupuesto no le permitió realizar grandes obras, limitando su accionar a apoyar a la Junta Pro-desocupados, la inauguración de monumentos dedicados a Domingo Sarmiento e Hipólito Unanue y enfrentando una huelga de las trabajadoras telefonistas.

Tras la asunción de Sánchez Cerro puso su cargo a disposición, siendo reemplazado en enero de 1932 por José Manuel García Bedoya. Siguió como un espectador de la terrible lucha política que se instaló en el país, en lo que Guillermo Thorndike llamó "el año de la barbarie", y que llegó a su clímax con el asesinato del presidente en abril de 1933. Tras ese luctuoso y execrable hecho, el Congreso designó al general Óscar Benavides como el nuevo mandatario, abriéndose una nueva etapa en el país. En noviembre de ese año, Riva-Agüero fue convocado por el mandatario para asumir la Presidencia del Consejo de Ministros y el Ministerio de Justicia, Instrucción y Culto. Su premeriato duró apenas seis meses, marcado por la continua inestabilidad política interna y las conversaciones con el gobierno de Colombia para la firma de un acuerdo de paz. Recordemos que en setiembre de 1932 se produjo un incidente en la zona de Leticia, lo que generó la posibilidad de un conflicto en esa frontera. Su renuncia, en mayo de 1934, se debió a un acto principista: su oposición como católico practicante a la aprobación de la ley de divorcio por mutuo disenso.

Así, hemos llegado al momento en el cual se produjo el memorable discurso de Riva-Agüero en relación al "Peruano del Milenio". El contexto del país era el ya descrito: una profunda polarización y violencia política, a lo que se había sumado una crisis internacional llegando a estar al borde de una guerra y los todavía efectos devastadores de la depresión económica. El ambiente no podía ser más crítico. Bajo ese panorama el gobierno de Benavides organizó la llamada Semana de Grau, la que debía conmemorar el centenario del natalicio del ilustre marino, para lo cual se formó un comité encargado de los homenajes y diversos actos celebratorios. Estuvo presidido por Matías Prieto, Representante por Piura en el Parlamento, y conformado por los sobrevivientes del *Huáscar*, Contralmirante Federico

Sotomayor y Elías Bonnemaison, el Capitán de Navío Tomás Pizarro, Presidente del Centro Naval, el Capitán de Fragata Antonio Cantuarias Pardo, representante de la Marina, el intelectual Luis Humberto Delgado y por otros varios parlamentarios de aquel momento.

Tengamos en cuenta que habían pasado apenas cinco años de la firma del tratado de Lima, que puso fin a la situación de Tacna y Arica, por lo que la figura y recuerdo de Grau estaba muy vivo y presente. En 1925 se había iniciado el proyecto de erigir un monumento a su memoria en el futuro Paseo de los héroes navales, algo que recién se concretaría en 1946.

Esta gloriosa y significativa semana empezó el domingo 22 de julio de 1934, con un homenaje de la juventud en el colegio La Inmaculada, ubicado en ese momento en la avenida de la colmena, el cual consistió en un desfile por las calles del centro de la ciudad, además de una audición especial en la estación OAX (la futura radio nacional). Un día después, el lunes 23 de julio, se realizó un homenaje en la Escuela Naval del Perú con un discurso pronunciado por Luis Humberto Delgado. En los días siguientes las actividades fueron las siguientes[5]:

Martes 24 de julio: Inauguración de exposición de objetos personales de Grau en la sala principal del Colegio de la Inmaculada, con asistencia del presidente Benavides.

Miércoles 25 de julio: funciones cinematográficas cuya taquilla se incorpora como parte de los fondos para la construcción del monumento a Grau.

Viernes 27 de julio: homenaje y misa en la cripta de los héroes, colocación de la primera piedra del monumento a Grau en Paseo de la República con discursos del presidente del comité Pro-Centenario de Grau, Matías Prieto; del alcalde de Lima, Luis Gallo Porras, de sobrevivientes del *Huáscar* y del Presidente de la República, Óscar Benavides. Luego se realizó un desfile de miembros de los Institutos Armados. Por la noche se realizó un concierto de gala, organizado por la Sociedad Filarmónica

5. Diario *El Comercio*, 22 de julio de 1934.

en el Teatro Municipal, el que contó con la participación *ad honorem* del pianista chileno Armando Palacios.

Sábado 28 de julio: visita a los buques de la Armada.

Domingo 29 de julio: actuación en la Sociedad *Entre Nous* (himno nacional interpretado por damas de sociedad, poesía Oda a Grau de José Gálvez y discurso de José de la Riva-Agüero.

Antes de entrar al detalle del discurso de Riva-Agüero, mencionaremos las principales ideas que este notable intelectual esbozó en años anteriores sobre el hecho histórico de la Guerra del Pacífico. El tomo séptimo de las obras completas de este connotado intelectual, referido a la emancipación y república, nos presenta tres interesantes trabajos en los que plasma sus conceptos y juicios con gran erudición histórica y jurídica. El primero fue una reseña crítica de dos libros sobre el conflicto del 79, uno del autor boliviano Alberto Gutiérrez y el otro del chileno Gonzalo Bulnes, la que fue publicada en la Revista de América en 1913. El segundo es un prólogo al libro de Pedro Irigoyen sobre la adhesión de Argentina al tratado de 1873, que salió publicado en 1914. En tanto que el tercer texto es una conferencia que dictó en la Escuela Militar de Chorrillos en 1932, y que versó sobre las relaciones diplomáticas con Chile y Bolivia.

En esos estudios subraya Riva-Agüero tres ideas fundamentales: la falta de preparación y previsión del país frente al escenario internacional de la década de 1870, la actitud clara de no agresión sobre nuestros vecinos y destacar al tratado de 1873 como un pacto preventivo que buscó un equilibrio frente a las amenazas que se cernían sobre nuestro territorio. Bajo la visión del autor de "Paisajes Peruanos", el más grave error que cometieron los dirigentes de aquel momento fue descuidar nuestro potencial militar, sobre todo en la Armada, ya que toda política exterior, por más pacifista y moderada que se defina, necesitaba de ese respaldo y garantía para cumplir sus objetivos. Así lo dejó en claro en su reseña de 1913 al afirmar:

> No nos perdimos por audaces ni por vacilosos; nos perdimos por confiados e ingenuos; por creer que los convenios diplomáticos, el aparato de las alianzas o los meros anuncios de intervenciones y mediaciones podían suplir

> la efectiva e insustituible garantía de las armas. Funestísimo error del que no estamos curados por completo; acerba lección, que hoy más que nunca debemos recordar y aprovechar[6].

A pesar de los esfuerzos del gobierno peruano en evitar un conflicto, que Riva-Agüero ve materializado en el tratado del 73, el ingreso a la guerra se vio justificado por motivos de sincero e ineludible deber moral de fidelidad a los compromisos del Estado. Lamentablemente, el desastre que vino después fue la lógica consecuencia de la anarquía, la inestabilidad, la corrupción y el despilfarro que nos inundaron desde los primeros años de la vida republicana, problemas endémicos que el gran Jorge Basadre resumió en dos frases: el Estado empírico y el abismo social.

Teniendo en cuenta su destacada trayectoria académica en el campo histórico, Riva-Agüero fue convocado para cerrar con broche de oro la Semana de Grau, y lo hizo a través de un discurso en la Sociedad *Entre Nous*, en aquellos años muy activa en la escena cultural limeña. Su disertación empezó resaltando el valor del sacrificio y la entrega de los hombres de armas, convirtiéndose en ejemplos y modelos a seguir; lo que calzaba a la perfección con la figura de Grau, el hombre que encarnaba esos valores y que se había ganado la admiración del mundo. El Marqués de Montealegre de Aulestia será categórico en este sentido al referirse a Grau de la siguiente manera "No hay en la tierra excelencia moral superior a la muerte afrontada y aceptada para honra, defensa y regeneración de los hermanos"[7].

A continuación, nos sorprende con una afirmación muy llamativa, pero que dice mucho de su honestidad intelectual y respeto por otras mentes lúcidas de nuestra *intelligentsia*. Citando una frase lapidaria de González Prada, el pensador radical y anarquista, que señalaba la responsabilidad de quienes dirigieron los destinos del país en las décadas anteriores para entender el desastre de la Guerra, declara su absoluta coincidencia con esa postura condenatoria, e incluso va más allá llegando a afirmar que esa actitud representaba el verdadero patriotismo que el país necesitaba. En

6. José de la Riva-Agüero y Osma. Obras Completas Tomo VII. Estudios de Historia peruana. La Emancipación y la República. Lima: PUCP. Instituto Riva-Agüero, 1971, p. 258.
7. Ibid., p. 348.

realidad, esta posición no debió generar sorpresa, pues como señalamos hace unos momentos ya desde sus años de juventud, Riva-Agüero no dudó en dirigir su dedo acusatorio contra esas elites que, citando a González Prada, "bebieron el vino generoso y dejaron las heces".

Como mencionamos antes, Riva-Agüero fue un defensor del tratado de alianza defensiva de 1873, al que consideró parte constitutiva de una política exterior integral frente a la amenaza que significaba Chile. Sin embargo, reconoció que ese acuerdo solo pudo ser efectivo acompañado de un mayor seguimiento de parte del Estado, además de una situación política y económica más estable y el mantenimiento de nuestro poderío militar tanto en el Ejército como en la Armada. Lamentablemente, estas últimas condiciones no se consiguieron debido a la severa crisis fiscal de la década de 1870 y hechos trágicos como el asesinato de Manuel Pardo en noviembre de 1878. Este me parece un punto fundamental en el discurso reseñado, ya que Riva-Agüero siempre rechazó la visión chilena que presentaba ese tratado como una afrenta y una amenaza dirigida a ese país, lo que justificaba su declaratoria de guerra. Teniendo acceso a una documentación privilegiada, la correspondencia de su abuelo, José de la Riva-Agüero y Looz Corswarem, canciller en el momento de la firma del tratado; no duda en rebatir esa distorsionada versión, afirmando que este esfuerzo del gobierno peruano, ejecutado en su versión original, habría significado la imposibilidad de un conflicto pues debió estar aunado a un fortalecimiento de nuestras capacidades armamentistas. En este punto, coincide con la preocupada actitud de Grau, quien desde su posición como comandante de la Escuadra y como diputado por Paita, expresó el peligro que significaba la cancelación de la renovación de nuestros buques.

Todos esos factores reseñados engrandecían más la figura de Grau. Riva-Agüero destaca su larga y fructífera trayectoria como marino, su apego y respeto a la ley por encima de cualquier partidarismo; pero sobre todo su intenso y sincero patriotismo y el altísimo sentido del deber que mostró a lo largo de su vida. En febrero de 1879, siendo diputado por Paita y dirigente del Partido Civil, estalla el conflicto chileno-boliviano; ante lo cual el ilustre piurano retomó el mando del *Huáscar*, zarpando del Callao en el mes de marzo iniciando así su ascenso a la gloria.

En esta parte de su patriótica alocución, quedaron registradas para la Historia estas bellísimas palabras que son la mejor expresión de los sentimientos que Grau generó en aquellas generaciones más cercanas a su epopeya:

> Él nos inspiraba en la guerra marítima el empuje, la iniciativa, la audacia, el incesante espíritu ofensivo, que es prenda y clave del triunfo, o cuando menos desvío y dilación de la derrota. Por eso desafiaba a los que nos eran en conjunto más de tres veces superiores. Solo en él se cifraban todas las esperanzas peruanas y de nuestros aliados. Era el alma y el brazo, la espada eficaz y la milagrosa armadura, el denodado ariete y el único sólido valladar del Perú[8].

El texto continuó detallando las correrías del *Huáscar* y el momento culminante acaecido ese aciago 8 de octubre en la punta Angamos, consumándose el sacrificio de Grau y el de varios de sus compañeros como Diego Ferré, el Capitán de Corbeta Elías Rodríguez y el Teniente Primero Melitón Rodríguez, entre otros. Lo que vino a continuación fue la pérdida del dominio del mar, que en resumidas cuentas significaba la derrota en la guerra.

Concluye Riva-Agüero su encendido discurso refiriendo las terribles consecuencias que vinieron después, con la resurrección del militarismo y la quiebra económica; pero también, dejando en claro que pronto el país se levantó, con el concurso de nuevas generaciones que, siguiendo el ejemplo de los caídos, sentaron las bases de una mayor estabilidad política y una recuperación del erario nacional.

En aquella significativa fecha en la que se conmemoró el centenario del natalicio de Grau, y habiendo vivido en tiempos recientes una guerra civil interna y un conflicto externo, Riva-Agüero, el historiador, el político, pero sobre todo, el hombre fiel a sus principios, contribuyó en resaltar su invalorable herencia, manifestada no solo en las acciones heroicas en las costas del Pacífico sur, sino por su altísimo sentido del deber y su inquebrantable respeto por la institucionalidad y las leyes, alejado de los

8. Ibid., p. 355.

funestos caudillismos y sectarismos que tanto daño le hicieron al país. Por todo ello, era una sagrada misión para los hombres que vivieron en su infancia y juventud los efectos de la catástrofe del 79, el mostrar ese legado a las nuevas generaciones porque así se concretaría la reconstrucción, no solo económica o institucional, sino moral de la nación peruana, como se desprenden de las siguientes palabras:

> El alma de la patria, el espíritu que la anima, se nutre de sus mártires y perdura solo por ellos. Sin la aureola que los circunda, no habría luz para los pueblos y las naciones carecerían de ideal[9].

Esta bella y sencilla descripción, en mi modesto entender, resume la esencia y el espíritu de esa patriótica semana dedicada al ilustre y siempre recordado Miguel Grau Seminario, el prodigioso almirante, caballero de los mares y peruano del milenio.

9. Ibid., p. 347.